



AÑO I.

9 DE MARZO DE 1870.

NÚM. 8.

SUMARIO.

TEXTO.—*La Soberanía nacional*, por D. Juan Canelo Mena.—*Una vision en la niebla*, por D. Nicasio Landa.—*La cueva de Balsola*.—*Nuestra Señora de Begoña*.—*Recuerdos*, por D. S. Mantell.—*Bibliografía vascongada*, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—*Madrid*.—*Noticias*.—*Advertencia*.
GRABADOS.—*La cueva de Balsola*.—*Nuestra Señora de Begoña*.

LA SOBERANÍA NACIONAL.

Artículo II.

Nada hay que tanto amengüe y degrade la dignidad humana, como el hecho tristísimo y demasiado vulgar, por desgracia, de que el hombre pronuncie palabras que no sepa definir, que profiera palabras que no acierte á descifrar, y que profese doctrinas que no pueda comprender.

Y ese hecho deplorable se repite constantemente en la esfera política, y la soberanía nacional es una de las ideas que menos se entienden y que mas se prodigan; es uno de los resortes que mas se tocan y que peor se manejan; es uno de los recursos á que mas se apela, y cuyo significado, cuya estension y objeto ni se vé, ni se prevee, ni aun se presiente por la muchedumbre de la política.

¿Cuándo nos ruborizaremos de hablar, sin comprender el concepto de las palabras ni el tecnicismo de las voces que usamos?

¿Cuándo recogeremos nuestro espíritu, templaremos nuestra imaginación y nos inspiraremos en una conciencia tranquila y serena?

¿Cuándo observaremos una conducta prudente, acreditando que somos seres racionales, y no espíritus frívolos é irreflexivos?

Pero detengamos nuestras interrogaciones y hagamos un análisis detenido y profundo del principio político, condensado en la fórmula «soberanía nacional.»

La soberanía nacional, tal como se entiende vulgarmente, prescinde de la razón, prescinde de la verdad, prescinde de la justicia, prescinde del derecho, del deber y hasta del buen sentido, de ese sentido íntimo que es la luz que alumbra el mundo de los espíritus, y que lo salva en esos grandes cataclismos sociales que produce siempre la preponderancia de las pasiones y el ominoso imperio del error.

El «cúmplase la voluntad nacional» es la frase mas gráfica de la soberanía vulgar, de esa soberanía que para nada se fija en la noción del bien y en el conocimiento de las leyes naturales, que son la materia y el objetivo de la ciencia, pero que considera á la voluntad industrial como el medio heroico y el recurso supremo de gobierno, como el manantial inagotable de la justicia, como el origen de todo derecho.

Cuando se examina fria y desapasionadamente lo que pasa en el orden de los hechos humanos, y se compara con la verdad en sí misma; cuando se mira el cuadro que ofrece el conjunto de las opiniones, cuadro complejo y antitético, y el que presenta ante el filósofo la naturaleza, bajo su aspecto material y moral, no puede menos de exclamarse con dolor profundo: ¡Oh! ¡Cuánto dista la opinión humana de la realidad de las cosas!

No puede concebirse una tiranía mas repugnante y odiosa que la tiranía de la soberanía nacional, aceptada como origen del derecho y como fundamento del poder social.

Porque la justicia, ese principio que emana

de Dios y que se concibe instintivamente mejor que se esplica, ese principio en cuya virtud comprendemos que nuestros actos están sujetos á una norma inflexible é inviolable, ese principio que asigna límites á nuestra conducta, es la protesta mas viva y mas elocuente contra esa soberanía de la voluntad humana, que quiere arrebatarse á la soberanía divina.

Y para conocer la verdad de las teorías que estamos enunciando, no hay que hacer esfuerzos colosales de imaginación, sino que basta aplicar ese criterio recto y profundo que se esconde en el seno de la conciencia, pero que se pronuncia abiertamente contra los despropósitos y las aberraciones de los falsos filósofos.

Y ¿quién es capaz de subordinar á la voluntad del hombre esos principios eternos de justicia que con indeleble carácter están grabados en su corazón?

¿Quién es capaz de anteponer á las leyes del orden moral, á esas leyes supremas que rigen los destinos humanos, los errores, los caprichos y las quimeras de la opinión individual, ó de la suma de las opiniones individuales?

Tal vez haya hombres obcecados que cerrando sus ojos á la luz de la conciencia y sus oídos á la luz del corazón, nieguen que haya verdades absolutas y eternas, principios universales de derecho y reglas inflexibles de conducta, y absorbidos por tan funesto error no encuentren otra fuente de justicia que la voluntad humana.

Pero felizmente, esos hombres son los menos, y serian vencidos por los mas en su propio terreno; en el de la soberanía del número.

ENTRADA N.º 370

Es, pues, indudable: la soberanía nacional no puede ser nunca la de los mas contra los menos, porque ese principio es tiránico y depresivo; no puede ser nunca el producto absoluto de las voluntades individuales, porque sobre la voluntad de los hombres están las leyes morales; no puede ser nunca la sancion de la cantidad numérica, porque esa sancion seria la protesta mas arrogante del hombre contra Dios.

No hay mas términos posibles: ó aceptar los principios eternos de justicia grabados en el corazon, y las conquistas de la ciencia como fundamento del derecho, ó someter el derecho al imperio de las opiniones y á la ley del número, que es la ley de la fuerza.

¿Qué os parece mas conforme á la verdadera libertad, á vosotros los que rendís ciego culto á la soberanía nacional?

Creeis que ella es la garantía del derecho y el baluarte de la libertad, y en ella preconizais el mas detestable despotismo.

Creis que ella es el escudo inquebrantable contra la tiranía, y es la tiranía mas hipócrita y mas feroz.

Creeis que ella es la base mas sólida de la sociedad, y ella es la piqueta demoleadora de la sociedad, porque somete las leyes naturales y necesarias que la rigen á las opiniones y á los desvaríos del hombre.

Creeis, en fin, que la soberanía defiende el derecho, y ella absorbe el derecho, y lo sojuzga y avasalla, porque el derecho es superior á la voluntad, y la soberanía es la consagracion de la voluntad humana.

Figuráos, por un momento, vosotros, los hombres que monopolizais la libertad en la esfera teórica, figuráos una congregacion ó una asamblea que delibera para convertir en leyes sus deliberaciones.

Figuráos que sobreescitada la imaginacion de los que discuten, aceptan un principio subversivo y anárquico, un principio que revista de facultades absolutas el poder, y que á merced del poder deje los derechos mas sagrados y mas imprescriptibles del individuo.

Figuráos que en medio de esa conflagracion se escucha la voz tranquila y serena de un espíritu recto y generoso que predica justicia, y que quiere que impere la fuerza del derecho y no el derecho de la fuerza.

¿Qué direis ante un cuadro semejante?

En ese terrible dilema, ¿por qué término optareis?

Entre la soberanía del número ó la soberanía del derecho, ¿á cuál dareis la preferencia?

La primera es, sin embargo, la soberanía nacional; la segunda es la soberanía de la justicia.

Aun tememos que se nos argumente con el principio de que no hay verdades absolutas; aun tememos que se nos diga que nadie puede convencernos de que estamos en el error; aun tememos que el excepticismo llegue hasta el punto de afirmar que nadie puede señorearse de que sus ideas sean las mejores.

Por eso mismo insistiremos en nuestras aserciones; por eso mismo repetiremos una vez mas, que una sociedad no es sociedad mientras no acepte como inflexibles ciertos principios; por eso mismo puede negarse todo derecho á intervenir en los negocios públicos

á quien no tenga alguna nocion del derecho é intente derivarlo de la voluntad general.

El derecho es una ciencia, porque es el conocimiento de las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza del hombre y de la existencia colectiva en que los hombres viven, y esas relaciones no han de inventarse, sino reconocerse en cuanto tengan de evidentes y axiomáticas, y estudiarse en cuanto tengan de misteriosas y profundas para comprenderse y elevarse á instituciones públicas, á fin de que el individuo se vea escudado en sus legítimas aspiraciones, y á fin de que la sociedad pueda marchar libremente por la senda del verdadero progreso.

Pues bien: ¿no seria ridículo inventar unas matemáticas quiméricas?

¿No seria absurdo crear una falsa ciencia física?

¿No seria censurable empeñarse en forjar una ciencia médica fantástica ó de capricho?

Pues tan absurdo, tan ridiculo y tan censurable seria desconocer que hay grandes verdades de derecho que se imponen con la fuerza de la evidencia; tan absurdo, tan ridiculo y tan censurable seria empeñarse en inventar un derecho, y mas lo fuera todavia tratar de elevarlo á precepto obligatorio; tan absurdo, tan ridiculo y tan censurable seria el desconocer esos principios generales del bien y del mal que se promulgan en todas las conciencias, y aspirar á sustituirlos con otros de creacion artificial, pero no de la creacion del génio, que aunque absurdo, no lo seria tanto, sino de creacion de la muchedumbre.

No puede negarse: hay que admitir el derecho natural como el primer elemento del derecho político. Y hay que admitir el verdadero derecho político, en tanto cuanto sea conocido y demostrado como el limite inquebrantable de la soberanía nacional.

JUAN CANGIO MENA.

UNA VISION EN LA NIEBLA.

Los guerreros euskaldunacs.

Desde el reducto de rocas que corona el pico de Larrhun, contemplaba extasiado el panorama espléndido de la naturaleza pirenaica.

Miraba por un lado aquella inmensidad de montañas coronadas de bosques, ceñidas de torrentes, armadas de abismos, hacinadas unas sobre otras como legion de titanes escalando el cielo. Veia por otro, la inmensidad del Océano turbulento, formidable, rugiendo perpétuamente contra los escollos del Golfo de Vizcaya. Sobre una y otra inmensidad, la inmensidad del firmamento azul.

El sol sumerge en las ondas del Océano su disco rojo como el cobre fundido: sus postreros arboles iluminan con brillantes reflejos las mil ensenadas que van recortando la tierra euskara desde la embocadura del Adur á las del Urumea y del Urola, mientras que como cintas de plata serpentean á uno y otro lado por el fondo oscuro de los valles el Bidasoa por la Navarra española, la Nive por la Navarra francesa.

La sombra invade los horizontes, borrando á mis ojos las Landas estensas de Aquitania, y las cumbres del Pirene: los picos de Altabizar, de Mendaur, de Arola, de Mendara, de Atchuvia se confunden en una sola masa sombría: solo distingó los negros contornos del Laviaga y del Jaiz kivel.

La naturaleza va á descansar: ya las águilas se han desplomado desde la region de las nubes, para refugiarse en sus nidos de mármol;

el último javalí ha pasado ya rasgando jarales para ocultarse en su guarida; los tímidos corzos, despues de haber lamido el agua de los torrentes, se acuestan en su cama de helechos; solo el ahullido del hambriento lobo ó el monótono grito de la lechuza que se alberga en las grietas de añosa encina, vienen á turbar el murmullo de la brisa que pasa por las frondosas copas de las hayas que majestuosas se alzan de los barrancos sin fondó.

Cae la noche, y entonces comienza otro fenómeno tan grandioso como inesperado.

De todos los valles, de todas las hondonadas, de todos los desfiladeros, se levanta una nube opalina, cenicienta, que sube invadiendo las colinas, las rocas, las cumbres, las crestas. Es el manto en que se envuelven de noche los Pirineos. Es la niebla que vuela borrando perfiles y desvaneciendo sombras, sustituyendo al aire, cerrando, envolviendo, cubriendo, amparando todo lo terrestre, así las rocas como los guijarros, así los musgos como los robles. Sus nubes blanquecinas vuelan impulsadas por la brisa que alienta el mar; sus cortinas de gasa se cambian, se cruzan, se suceden á millares; ora desaparece una montaña ó un bosque, ora vuelve á brotar en la luz; todo cambia, todo varia; toda forma se hace incierta y luego muere; parece que los bosques se deshacen, que los montes se resuelven en ese vapor universal, volviendo á los tiempos en que la materia terrestre vivia en el estado de nebulosa girando en el ether....

Aferrado á la roca, inclinado sobre le abismo, contemplo este magnífico espectáculo á la luz azulada de la luna cernida por la niebla. La tierra ha desaparecido: creo que estoy suspendido en la atmósfera, en el húmedo seno de una nube.... Los montes vecinos me parecen castillos coronados de infinitas almenas: los árboles del bosque cercano parecen Briareos que alzan al cielo millares de brazos; y el murmullo del viento en la hojarasca semeja el rumor de los pasos de una muchedumbre que desfila en silencio.... Y en efecto, desfilan....

Sí.... yo veo en las nubes que cruzan, en las nieblas que pasan, millares de sombras, de formas humanas, ora indecisas, ora marcadas.... son hombres de elevada estatura: su cabeza ensanchada por atrás les haria parecer africanos si su ángulo facial no fuera el mas aventajado de todas las razas humanas; la cabellera lacia que cae sobre sus hombros como la guejeja del leon; sus cejas proeminentes, su nariz aguileña, su largo bigote, les dan un aspecto terrible. Van cubiertos con pieles de fieras que ya no existen, del oso y de la hiena de las cavernas, del buey primigeno; llevan al hombro mazas enormes, y cuelgan de su cintura hachas de pedernal; algunos, los jefes sin duda, se adornan con collares hechos de las defensas de los javalíes.... ¡Ah! son los hijos de Aithor, son los Euskos, los primeros señores de Europa; los mismos Turanianos que con los Finlandeses y Madgyares lograron resistir á la inundacion de los Aryas desbordados sobre el Asia y la Europa....

En pos de estas bandas vienen otras, cuyo porte y armas indican una civilizacion mas avanzada: estos llevan hachas y espadas de bronce, y se adornan con medias lunas de oro; son los euskaros á quienes el extranjeró Strabon llamó iberos y que con este título estendieron su civilizacion y su especial alfabeto por todas las costas del Mediterráneo, despues de haber poblado toda la Península que lleva su nombre.

Y vienen despues otros guerreros con túnicas blancas y mantos rayados de rojo; con la cabeza descubierta despreciando el casco, y armados con la espada corta y el broquel de cuero. Son los euskaros que con este nombre ó el de cántabros resistieron la tiranía de Roma. Esos que van con los pies y las manos sangrientas, pero con la frente erguida, son aquellos heroicos salvajes que prisioneros de los romanos y crucificados en la cumbre del Kuruceta, aprovecharon su último aliento para escupir al rostro de sus verdugos, cantando el himno de guerra.

Ahí van los auxiliares de Anibal, los que en Canas hicieron desfilar bajo el yugo á las soberbias legiones de Roma. Ahí van los que denodadamente combatieron al cónsul L. Lúculo. Ahí van los voluntarios de Sestorio: ahí los que que pelearon en Aquitania contra P. Craso. Esos son los 38.000 que murieron guerreando contra César: ahí están los que por odio á este tirano defendieron á Pompeyo bajo las haces de Petreyo y de Afranio.

Y siguen desfilando los guerreros euskaldunas, porque si Roma sucumbe ante los bárbaros, Euskaria no.

Todavía conservan el austero continente de sus abuelos, de la edad de piedra; todavía van vestidos con los despojos de las fieras, pero están armados de lanzas y dardos de hierro: algunos llevan en sus manos la honda certera, y á la espalda el saco de piedras. Estos son los que sucesivamente rechazaron de estas montañas á Retiario, rey de los suevos; á Eurik, rey de los godos; á Childebert, rey de los francos; á Miro, á Baladastes, á Leovigild.

Son los que, estrechados por la parte meridional, se derramaron por el septentrion, reconquistando las Landas de Aquitania, derrotando al duque Austrowald, al conde Galaktor, al rey Recaredo y sus godos, cediendo solo ante las fuerzas reunidas de los hermanos Teodorberto y Teodorik.

Son los que rechazaron de esta tierra libre las huestes de Gundemar y de Sisebuto; los que llevaron la guerra al país enemigo talando parte de la España Tarraconense; los que obligaron á Suintila á firmar la paz.

Son los que se sublevaron contra Receswind capitaneados por Troya; los que se alzaron contra Wamba; los que siempre en armas resistieron á la dominacion gótica hasta que degradada y envilecida la vieron hundirse con Roderik en las hondas del Guadalete.

Y sigue el desfile de los guerreros euskaldunas, porque si el imperio gótico sucumbe ante los sarracenos, Euskaria no.

Veo pasar la hueste de Navarra, vencedoras de Abd-el-Malek; entre tantos guerreros marcha una amazona con la espada sangrienta en su diestra y la cabeza de un rey en la siniestra: es la esforzada roncalesa que mató en Olast á Abderrhaman I.

Esa otra hueste guiada por un hombre que lleva corona real en la cabeza y *abarca* en los piés, es la que rechazó hasta los montes de Oca al poderoso kalifa Almanzor; y luego vienen los que le derrotaron en Calatañazor, mandados por otro rey, que si es *temblosa*, tiene en el combate *cuatro manos*.

Y siguen los de García Sanchez, rey muerto en batalla contra castellanos; y los de Sanchez Ramirez, rey muerto de un saetazo al arrancar á los moros la ciudad de Huesca; y los que con su hijo fueron en socorro del Cid Campeador á Valencia; y los que siguieron en su epopeya de asaltos á Alonso el Batallador.

Y luego aparecen llevando la espada en la boca, y arrastrando las rotas cadenas los que con Sancho el Fuerte ganaron nuevo blason para Navarra, rompiendo el vallado de hierro que en las Navas de Tolosa protegía al Emir al Monmenin, al príncipe de los creyentes.

Y antes han pasado las tribus de pastores que habitan las cumbres de Altabizar; iban vestidos de pieles, armados de dardos, con el hacha en la cintura y la bocina de cuerno colgada del hombro, y acompañados de sus perros de presa; eran los que derrotaron en Roncesvalles el poderoso ejército de los francos; los que mataron al invencible Rothland; los que hicieron huir al gran emperador Karloman, el de las plumas negras y el manto rojo.... E iban tras de ellos los clanes de los montañeses de la Aezcoa, de Erro y del Roncal, que repitieron la misma hazaña contra la invasion de Ludovico Pio, apresando á sus jefes Eblo y Aznar....

Las nieblas se espesan, mas luego se aclaran, y veo pasar una hueste de infantes y ginetes vestidos de hierro, armados de lanzones y tizonas, de hachas y ballestas; todos llevan la sobrevesta blanca con una cruz roja: á su fren-

te marcha blandiendo una espada de dos manos, un príncipe poeta, un rey trovador; es Thibault de Champagne, son los navarros, que al grito de *Dieu le veult* se fueron á Tierra Santa; son los que en los desfiladeros del monte Tauro derrotaron al Soldan de Iconio; los que penetraron en Antioquia; los que sitiaron á Ascalon; los que lucharon en Gaza....

Y les sigue otra hueste de cruzados; los que con Teobaldo II acompañaron al rey San Luis en la jornada de Túnez; los que sufrieron la peste sobre las ruinas de Cartago; los que pelearon y vencieron en el *Estaing*.

Mas cruzados aun: son los navarros, que con su rey Phelipe d'Evreux fueron al cerco de Algeciras. Tambien pasan en oscuro turbion los que con Carlos el Malo combatieron en Normandía; los Uriz y los Ayanz, los Garros y Azconas... los que mandaba el Captal de Buch en Cocheler... los bandos de Agramon y de Beaumont... Y vienen por fin los defensores de la autonomia de Navarra; los que gloriosamente sucumbieron resistiendo la usurpacion de Fernando el Católico; ahí van los cinco mil valientes que en el día de San Andrés (1521) murieron en los campos de Barbatain defendiendo la dinastía de Lebrit: entre ellos veo á su jefe Andrés de Fox, el señor de Hasparrot; á Carlos de Mauleon, á Juan de Larasa, la flor de la caballería de Navarra....

Y siguen cruzando veloces las sombras de los guerreros euskaldunas, como en la balada de Lenora; *los muertos van deprisa*... Distínguese entre ellos algunas figuras colosales, pero aisladas; son los hijos de estas montañas, que llevaron al combate soldados de otra tierra. Ese que lleva por armas un cuervo y un dardo clavado en la sien, es Corbaran de Lehet, el Senescal de los almogávares en Oriente. Ese otro es el conde Pedro Navarro, el conquistador de Orán y de Trípoli, de Monte Casino y Gaeta. Allí va Gaston de Fox, el Marte Navarro, el vencedor en Rávena... Ahí van los alaveses Juan de Urbina, vencedor en Flandes, Varona el comunero y tantos otros. Ese es Juan de Urbietta, el guipuzcoano que aprisionó en Pavía al rey de Francia....

Y pasan tambien los vascongados que en son de guerra corrieron los mares, desde los primeros que persiguiendo á los monstruos marinos penetraron hasta las regiones glaciales del Polo... Esa es la gran figura de Sebastian de Elcano, el primer mortal que dió la vuelta al mundo: ahí está Logazpi, el conquistador del Archipiélago filipino: ahí los atrevidos corsarios vascos, terror del inglés y del turco... ahí los grandes marinos Churruca, Oquendo, los héroes de Trafalgar....

Y luego desfilan otras bandas innumerables de montañeses armados de hachas, de guadañas, de escopetas; á su frente marcha un general labriego blandiendo en alto las férreas layas: como segundo, le acompaña un gigante vestido con el severo traje de los roncaleses. Aquel es Mina; este es Kuruchaga; esos los defensores de la Independencia Española; esos los que derrotaron al capitán del siglo, á Napoleon el Grande, como sus abuelos habian derrotado á Carlo-Magno; esos los que vieron otra vez al águila orgullosa del Imperio acosada y rendida por los halcones del Pirineo.

Oscura es la niebla: sombríos van los batallones y escuadrones que ahora desfilan en ella: casi todos llevan boinas rojas; otros blancas; otros llevan morriones. ¡Ah! estos son los héroes desgraciados que durante siete años acreditaron su indomable energía; su incansable denuedo; su sin par fiereza en una guerra donde no hay laureles, porque fué guerra entre hermanos. Son las valerosas divisiones del ejército carlista; son los denodados nacionales del Baztan, de Roncal, de Bilbao... Ahí van abrazados en la muerte, esos vascos y navarros que, ofuscados por el génio fatal de la discordia, derramaron recíprocamente su sangre generosa... Valdespina y Jáuregui, Sagastibelza y Pedro Elio, Iriarte y Alzáa, Oráa y Zumalacárregui....

Y pasan por último los vascos y navarros que en nuestros dias han peleado por el honor

y la integridad de España en Africa, en Asia y en América, hasta los que hoy encuentran en la reina de las Antillas la muerte de los héroes....

Las últimas sombras pasaron... acaso desfilan ahora por las cumbres del Aralar ante el guerrero Arcángel, que vela desde allí sobre Navarra, antes de volver al Valhalla de los guerreros cristianos.

Y mientras tanto la niebla se disipa sobre la inmensa planicie del mar: reaparecen los contornos de los bosques, de las cumbres, de las rocas y de los picos á la luz plateada de la luna nueva que ríela sobre la vecina concha de Ondarraitz. Castor y Polux, Aldebaran, Procyon, innumerables astros esmaltan con sus destellos diamantinos el negro firmamento. La calma, el silencio absoluto, han vuelto á reinar en estas cimas inaccesibles. Es una noche de aquellas en que mientras Grecia y Roma eran idólatras aun, nuestros antepasados los iberos adoraban al Dios único, al Dios *sin nombre*.

Tambien yo, deslumbrado y conmovido por la vision espléndida que ha cruzado ante mis ojos con la vertiginosa rapidez del vendabal, me enorgullezco al pensar cuán grande es la tierra, cuán noble es la raza que engendraron esas generaciones de héroes; al saber que otras tantas brotarán de entre estas rocas, cada vez que se atente á su libertad ó independencia: ¡Oh, madre mia, Euskaria inmortal!

NICASIO LANDA.

CUEVA DE BALSOLA.

El monumento natural mas importante, curioso y bello que encierra Vizcaya, es, á no dudar, la cueva de Balsola, cuyo pórtico ó entrada principal representa el grabado que antecede. Se halla situado en la barriada de Bargondia, al pié del monte Covalde; su jurisdiccion de la anteiglesia de Dima, distante cuatro leguas de la villa de Bilbao. Este pórtico ó entrada mide 120 de altura por 150 de ancho, no pudiendo fijarse cavidad por las infinitas estalactitas y estalacmitas que, ya desprendiéndose de su techo, ya agrupándose sobre el suelo, hacen de él un terreno desigual y muy escabroso. La entrada forma un arco casi ojival, y es tal la variedad de grupos y tamaños de las cristalizaciones que penden y se cuentan por todos sus lados, que unas se semejan á columnas admirablemente cinceladas, otras á pirámides y animales, y una gran parte representan los caprichos mas variados y pintorescos.

Segun la relacion de personas que la han visitado y descrito, no cabe la menor duda que este gran pórtico debió comunicarse con el interior de la cueva; pero cerradas ya por las filtraciones petrificadas las entradas que pudo tener en un tiempo, no puede penetrarse en él sino por un agujero que hay abierto casi en la base de la montaña Covalde. Una vez dentro de ella, el camino se hace mas fácil ó difícil, segun que sea la suerte del que la visite, porque como tiene que viajar á la ventura por las muchas ramificaciones ó sendas que se ofrecen á su vista, puede lograr caminar mucho tiempo sin impedimento alguno, ó tropezar desde luego con una cerradura de peña viva ó cristalización que le obstruya el paso. Dentro de la cueva, y á regular distancia de la entrada, hay un ancho camino cuyo término es desconocido, y á sus lados celdas ó cuartos, á no dudar abiertos por la mano del hombre. Cruzan tambien su suelo varios riachuelos que rinden sus aguas al rio de Dima.

Los Sres. Lozaya y Delmas la visitaron hácia el año de 1850, y levantaron un pequeño plano topográfico de la parte que recorrieron; pero si bien fueron animados de los mejores sentimientos para dar á conocer esta ignorada é interesante gruta, la falta de medios con que contaron, y el no haberse podido procurar ningun guía ni quien les acompañara en su atrevida investigacion, les hizo desistir de su empeño, despues de haber permanecido den-

tro de ella por espacio de cuatro horas y haber corrido grandes riesgos para salir de su recinto

El año de 1866 la visitó el miembro de la sociedad antropológica de Berlin, Mr. Yager, venido á Vizcaya exclusivamente para estudiar su constitucion física y los objetos prehistóricos que encerrase. Mr. Yager, segun se nos aseguró, tuvo la buena suerte de hallar en la cueva de Balsola varios objetos de la edad de piedra, entre ellos una hacha y una cuchara de aquella época, y varios fósiles de no escasa importancia.

Si la cueva de Balsola existiera en el extranjero, bastaria por sí sola para constituir la riqueza del pueblo que la poseyera, y para que tuviera tanta nombradía cuando menos, como la de Adelsberg, Spá ó Thorgathe.

paras de plata, regaladas por la devocion de los fieles á la imágen de Nuestra Señora.

El primoroso campanario, que tanto embellece á esta iglesia, fué torpemente mutilado en 1835, en uno de aquellos aciagos momentos en que se adoptan disposiciones que muy luego ocasionan el arrepentimiento de quien las dicta; así sucedió con la torre de que hablamos, pues se mandó suspender su demolicion cuando ya se hallaba en su mayor parte derruida, la cual por el lugar que ocupa pudiera muy bien llamarse la torre de *Bella Vista*, toda vez que es muy pintoresca y llena de poesia la que se presenta al observador que desde la torre quiera contemplar un magnífico cuadro; efectivamente, á mas de mil pasos, se divisa la invicta villa de Bilbao; por encima de sus casas, tendiendo

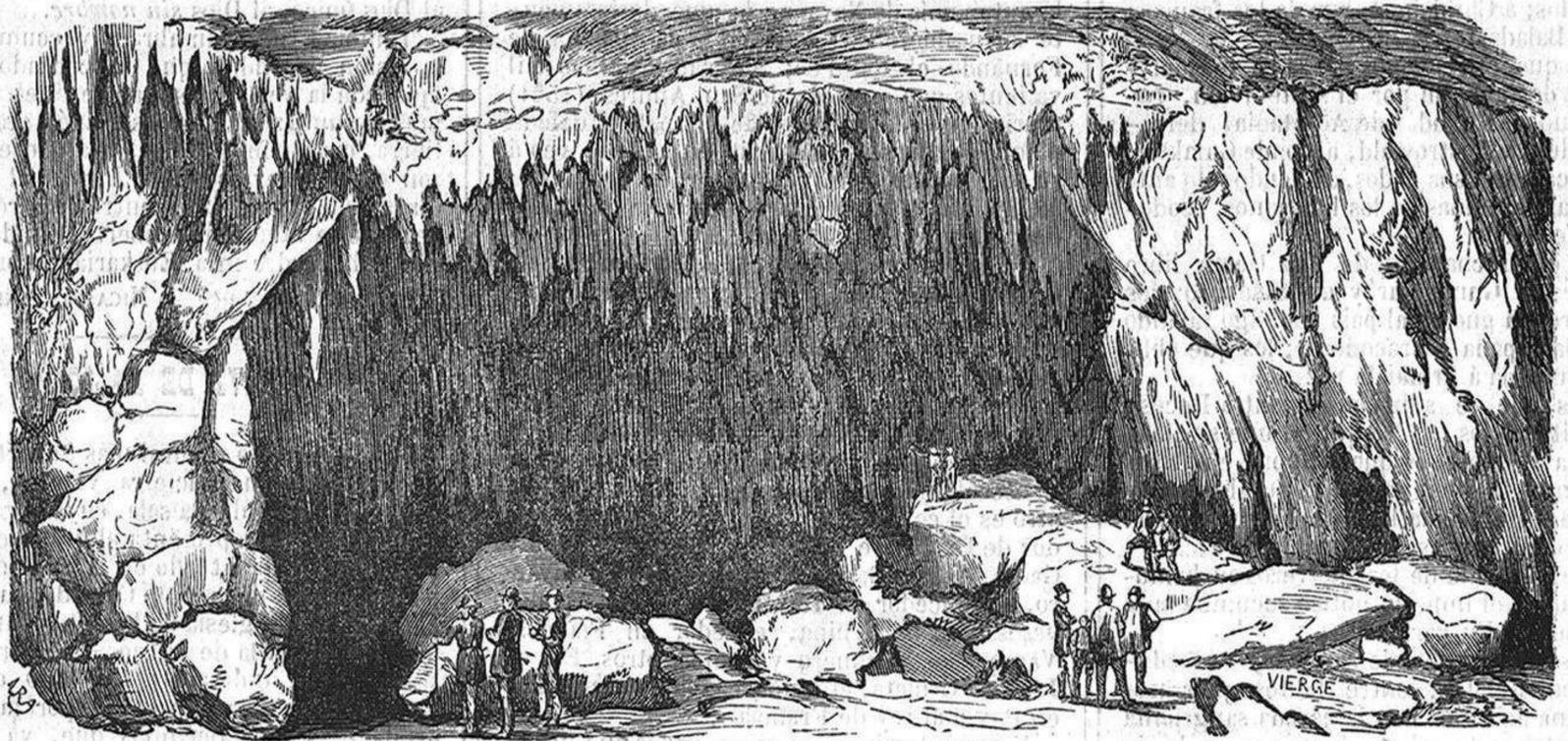
mon en su libro de *Los oradores*: «¡he vivido mucho tiempo!»

Porque, por donde quiera que mire este recuerdo que trato de evocar, encuentro el vacío: una memoria perdida en el tiempo, y que solo vive en mí, ya desprendida de los séres y de las formas que pudieran hacerla perenne.

Los séres desaparecieron, y las formas no existen.

Y sin embargo, el recuerdo vive, á pesar de que todo cuanto lo produjo se ha desvanecido en un reducido número de años.

Algun tiempo mas, y ¿qué será de mis recuerdos?



La cueva de Balsola.

NUESTRA SEÑORA DE BEGOÑA.

A muy corta distancia de Bilbao se encuentra la ante-iglesia de Begonia, célebre en todo el mundo por el santuario donde los vizcainos veneran á la Virgen que ha tomado el nombre del pueblo en donde está su templo. Esta Virgen es objeto de general y ferviente devocion.

Cuéntase por tradicion popular, que la imágen de Nuestra Señora de Begonia fué hallada en una encina en el mismo punto en donde hoy se encuentra colocada en el altar mayor de la iglesia. Deseando los fieles edificar el templo mas arriba, los materiales acopiados durante el dia eran trasladados de noche por la misma Virgen á la expresada encina; y uno de los habitantes principales del pueblo oyó decir á la santa imágen *Begonia*, esto es, que no queria que se la mudase del sitio en que se apareció. La mayor parte de los historiadores indican que el nombre de esta parroquia proviene del sitio donde fué edificada, en la falda de la montaña *Artagan*. Lo cierto es que fué reedificada y ampliada de nueva planta con bien trabajada piedra sillar, desde el año 1519 al de 1558; tiene 174 piés de longitud y 82 de latitud, con tres naves de atrevida arquitectura, sostenidas por diez majestuosos pilares, que firman una agradable y sorprendente vista. Como prueba de los muchos perjuicios que en varias épocas ha sufrido este hermoso templo, baste decir que en 1794 se vendieron, para atender á los gastos de guerra con la república francesa, 32 magníficas lám-

la vista hácia ambos lados, se presentan las deliciosas y risueñas vegas de Abando y Begonia, divididas por el Nervion con infinitas curvaturas; al nivel de la misma torre se ven las eminencias de Archanda, Berriz y monte de Cabras, peñas vestidas de frondosidad y variados colores; descollando á lo lejos el encrespado pico de Zautes, señal para los marineros de las borrascas y tempestades; y cuando se mira hácia la espalda, se percibe un gran cordon de montañas hasta la famosa de Gorbella, la pintoresca Península de Echasearri, y otras muchas colinas, todas cultivadas con esmero.

La torre ó campanario destruido en tiempo de la guerra, fué reedificada de nuevo, quedando del mismo modo que estaba antes, esto es, como aparece en nuestro grabado.

Todos los años, el 15 de Agosto, se celebra la famosa romería de Begonia, una de las mas concurridas, y quizá la mas lujosa de Vizcaya.

Este santuario es y será siempre muy visitado, especialmente por los marineros vascongados, quienes en medio de las tempestades y de los mayores conflictos invocan con entusiasmo religioso la imágen de nuestra Señora de Begonia.—P. M.

RECUERDOS.

JOSE CHIQUI.

Un cuento guipuzcoano á la media noche.

I.

Tambien yo podia esclamar ahora con *Ti-*

Perdonadme si, al volver la vista atrás, empiezo con melancólica quejumbre: algo habreis de conceder á mi carácter, y algo he de otorgar yo á mi alma.

II.

Me hallaba en una de mis escursiones, acompañado de un amigo y de un guía.

Ni el guía ni el amigo existen ya.

Con harto desprecio de consejos saludables, nos empeñamos en abandonar la casa del cura de uno de los pueblos situados en la falda de San Adrian, á la parte de la llanada de Alava, para dirigirnos á otro pueblo de Guipúzcoa, al caer la tarde de uno de los últimos dias de Noviembre.

El cielo estaba tempestuoso, y juzgamos equivocadamente que la tormenta daría lugar, antes de desatarse, á conseguir nuestro objeto.

Un horroroso nublado nos cogió al pié de la sierra y en uno de los montes mas espesos.

Perdidos, y empapados en agua, á las diez de la noche vislumbramos entre la fronda una luz.

La tomamos por guía,

A intervalos, la alcanzábamos: á ratos, se perdía del todo.

Perdida unas veces, y otras apareciendo como nuestro norte entre el ruido de los truenos lejanos, distinguimos tambien un ruido

monótono, acompasado, que venia en direccion de la luz.

Aquel ruido ayudó, y no poco, á que consiguiéramos el puerto de seguridad.

III.

Llegamos á una ferrería.

¿Sabeis lo que, hace poco todavía, era una de las muchas ferrerías del pais vascongado?

Digo *hace poco* y *una de las muchas*, porque hoy, en su mayor parte, han desaparecido.

Veamos si acudiendo á los recuerdos, puedo producir en vosotros alguna de las impresiones que en mí produjo entonces la que en estos instantes me preocupa.

lote de madera, forrado de hierro, adherido al *urague*, á la pértiga, en cuyo extremo opuesto afianzaba una descomunal cadena, que servia para manejar el *molote*.

Los saltos de agua para los fuelles y la rueda; la fragua candente; el ruido atronador de la ebullicion y de la maza; los golpes de luz vivisima y de durísimas sombras que se proyectaban en los muros ennegrecidos y casi calcinados por la accion constante del fuego, daban al cuadro un carácter plutoniano difícil de dibujar.

Y agregad á esto, y á las idas y venidas de los fundidores y tiradores, y *mealle*, ó pinche,

se despertara en mí hasta el mas alto grado con lo que presenciaba.

Todas las hilanderas se santiguaron, recitando con fervor religioso la oracion dominical.

Despues siguió un respetuoso silencio que pronto interrumpí, dirigiéndome á la mas anciana para que me esplicase lo que ya adivinaba mi deseo.

—El alma de José Chiqui, señor.

—¿Y quién fué José Chiqui?

—Un hijo malo.

—¿Me direis su historia?

—Si, señor.



Nuestra Señora de Begoña.

Su mal cerrada puerta lanzaba por los intersticios rayos de luz vivisima.

Era la fragua de los tiempos primitivos, donde cantidad inmensa de carbon ardiendo hacia bullir la mena para formar la torta ó *zamarra*, que, despues de cinco horas de trabajo, habian de sacarla con enormes palancas de hierro para llevarla al mazo, y, quitándole la escoria en la primera embestida, reducirla luego á lingotes.

Pronto se nos franqueó la entrada.

Y nada mas fantástico; nada mas poético que el cuadro que se ofrecia á nuestra vista.

Un gran espacio, rodeado de gruesas y altas paredes, cubierto á teja vana, nos cobijaba.

Los largos cabrios y fuertes vigas que sustentaban el techo estaban ahumados.

Debajo del *antépar*, esto es, debajo del depósito del agua, formado con piedra sillar bien concertada, giraba la rueda que ponía en movimiento, merced á un huso disforme, el mazo descomunal, que aplastaba la torta fundida, y que producía el ruido acompasado que sirvió para que pudiéramos encontrar nuestro refugio.

El golpe de agua caía por la *chimboa* con estrépito, la cual podía taparse á voluntad é interrumpir el curso de la vertiente con un *motodos* medio desnudos, el cerco de hilanderas

en torno de la fragua, y decidme si no era bastante pábulo para creerse la imaginacion transportada á las regiones de los fantásticos sueños que todos escuchamos con asombro en los primeros albores de la vida.

IV.

Eran las doce de la noche.

Los ferrones trabajaban; la maza seguía sus acompasados movimientos; los golpes del agua y el ruido de los fuelles aumentaban los estrépitos cuando las hilanderas interrumpieron sus cuentos euskaros, tan dulces como melancólicos; tan tiernos como primitivos en el sentimiento infundido en nuestro sér.

Un golpe de viento habia sacudido por la parte de afuera la puerta de la ferrería, y á su impulso habia quedado de par en par abierta.

Todos enmudecieron.

—¡Ay, *ené!*

—¡*Jaungoicoa!*

Fueron las exclamaciones que por todas partes se dejaron oír en aquel animado centro del trabajo.

—¡Son las doce!... ¡Es el alma de José Chiqui!

Bastaba y sobraba á mis aficiones de toda la vida para que el sentimiento de la curiosidad

Y como si nunca la hubiesen oido los cir-

cunstantes, todos se dispusieron á escucharla con recogimiento, fijando en nosotros sus miradas para observar el asombro que producía el relato de la anciana.

V.

«No lejos de este sitio, hace algunos años, habia un caserío que habitaba José Mari, hombre honrado, pero que se dejó llevar de su afición al vino; y el vino produjo su ruina y la de toda su familia.

»José Mari tenia un hijo: también se llamaba José, y para distinguirlo de su padre le llamábamos José Chiqui.

»José Chiqui era malo.

»Un día de domingo bajó á la fiesta de la calle con su padre; y por la noche, cuando volvían los dos al caserío, el hijo abandonó al padre en el camino, sin querer ayudarle, cuando José Mari no podía seguir adelante, porque la embriaguez no le permitía dar con acierto ni un solo paso.

»El hijo abandonó al padre en el camino mas difícil, y se burló de su borrachera, y subió solo al caserío.

»A la mañana siguiente encontraron muerto á José Mari, que se habia despeñado.

»José Chiqui heredó todo lo de su padre, y también su afición al vino.

»Antes de morir su padre le habian ya casado, y tenia una mujer buena, que no supo jamás el negro pecado de su marido, y esta mujer buena le habia dado á José Chiqui cuatro hijos.

»José Chiqui empezó tambien á embriagarse. »Y su hacienda iba á menos, y pegaba á su mujer porque con mucha dulzura le reprendia vicio tan feo, y maltrataba á sus hijos, abandonando su crianza, sin cuidarse de darles los buenos consejos á que están obligados los padres.

»Con los malos tratos del marido, y con el desconsuelo de ver que paso á paso la casa se acababa, la mujer murió llena de penas, y despues un hijo, y despues otro, y luego el tercero, y solo quedó, ya mozo, el mayor de los hermanos.

»Hijo y padre seguian viviendo juntos.

»El hijo con tristuras, porque era de buena índole: el padre cada vez mas entregado á sus escesos.

»Un dia de invierno padre é hijo bajaron al mercado de la calle.

»El hijo no pudo arrancar al padre de la taberna hasta muy entrada la tarde, y el hijo se apuraba por volver pronto al caserío, porque habia caido mucha nieve y los caminos estaban malos y peligrosos.

»La noche les cogió en el camino, y todavía les quedaba mucho que andar, y con mucho trabajo el hijo ayudaba y llevaba al padre.

»Hasta que llegaron á un punto en que viendo el hijo que ya era del todo imposible pasar adelante sin ayuda, colocó á su padre en el hueco de una roca mientras él acudia al caserío en busca de socorro.

»José Chiqui no estaba tan embriagado que no conociera el sitio donde se encontraba, y antes de partir su hijo, le oyó esclamar con toda la amargura de su alma:

«—¡Ay... aquí abandoné yo á mi padre!...

»La justicia de Dios se cumplia, sin que pudieran evitarlo los mejores deseos que el hijo de José Chiqui tenia para el que habia sido tan malo para con su padre.

»Cuando el hijo llegó al caserío, lo encontró ardiendo.

»El *mutil* que cuidaba de las vacas le habia abandonado en ausencia de sus dueños, y con la *rechina* dió lugar á que se prendiera la paja.

»En vano volvió el hijo desolado á buscar á su padre: su padre no parecia.

»Dias despues, cuando se fueron las nieves, algunos andrajos de las ropas de José Chiqui se encontraron ensangrentados en el fondo de una barranca.

»Los lobos habian devorado á José Chiqui, y su alma vagaba en derredor de sus huesos insepultos.

»El hijo, sin consuelo, sin hogar, solo, y comprendiendo y acatando los juicios de Dios, abandonó las ruinas de su caserío, y se fué lejos, muy lejos, á las Américas, cruzando los mares, y no se ha sabido mas de su destino.

Despues de estos sucesos, todas las noches, á esta misma hora, y en especial las noches de tormenta y de huracanes, se oyen en la montaña lamentos muy tristes y apenados; y es que el alma de José Chiqui vaga, vaga penando por los sitios en que cometió tan horrible pecado como es el abandonar un hijo á su pa-

dre y burlarse de sus defectos, cuando todos estamos obligados á respetar, como quiera que sean, á los autores de nuestros dias.

»Por eso pena el alma de José Chiqui; por no haber respetado á su padre: vaya, hasta que que Dios se apiade de ella y la conceda el eterno reposo.»

VI.

Eran las dos de la madrugada

Las hilanderas, ejemplo de las mujeres hacendosas, que, robando algunas horas al sueño, se reunian en la ferrería á hilar sus madejas, segun hábito de este pais ejemplar en sus virtudes domésticas; las hilanderas recogieron sus labores, y con haces de paja encendida se dispusieron á regresar á sus moradas, dispersas en aquella tierra, para volver despues de un breve reposo, á sus trabajos cotidianos.

La mas anciana, la del caserío mas próximo, que nos habia referido la historia provechosa que acabábamos de oír, nos brindó con su hospedaje, que aceptamos, dejando á los ferrones entregados á sus tareas no interrumpidas ni de dia ni de noche en toda la *campana*.

S. MANTELI.

BIBLIOGRAFIA VASCONGADA.

El laudable y patriótico pensamiento desarrollado dias pasados en esta publicacion por el conocido publicista y diputado alavés señor Ortiz de Zárate, es digno de especial estudio por parte de los que aman las glorias del pueblo vasco-navarro; y mas que todo, es digno de que las inteligencias activas del pais procuren plantearlo cuanto antes, sin que, como hasta aquí ha sucedido, quede una vez mas en proyecto.

Repetidas veces se ha tratado de realizar tan feliz idea, como recordarán muy bien algunos vitorianos que en varias épocas fueron invitados á tomar parte en comisiones literarias que fomentasen la publicacion de trabajos especiales ó la creacion de bibliotecas; pero desgraciadamente, despues de formuladas bases, reglamentos ó disposiciones preparatorias, los proyectos quedaron relegados al olvido.

Sin embargo, como un elemento, como un germen para el futuro desarrollo de ese pensamiento, algunos entusiastas por la literatura del pais fundaron *particularmente* un *Centro literario vascongado* que emprendiera la publicacion de obras vascongas, contando como base, por parte de la casa editorial, algunas ya publicadas anteriormente, y la primera que vió la luz fué la que uno de sus fundadores, el Sr. Manteli, escribiera de exprofeso, y á la cual se refiere el trabajo bibliográfico que insertamos á continuacion:

Doña Urraca.—La dama de Amboto.—(Leyenda vascongada por D. Sotero Manteli.)

«Aun no se sabe en qué año murió la reina doña Urraca.»

(MARIANA, lib. x, cap. VIII.)

Amboto es un nombre universalmente conocido por los vascongados.

Desde el mar se ve su pelada cima; desde los montes de Cantabria descúbrese su tangente perfil; lo ven los navarros en cuanto alcanzan los puertos de la Borunda; y el llano

de Alava tiene limitado su horizonte por la casi acostada figura que forman sus azulados contornos con las peñas de Echagüen y Urquiola.

Pero Amboto no se contempla en todo lo que vale, sino bajando á *la calle Ibarra*, en Aramayona; y no se admira tal cual es, sino sentándose en el prado de Andra-María ó contemplándolo en toda su formidable masa desde los zarzales y sendas de Goicorreta.

Cuando las nieblas no velan su altura, distínguese como destacándose en medio de las peñas un punto oscuro; la boca de la cueva de doña Urraca. Las generaciones de los aramayones cuentan al viajero y al bañista una cosa estraña, sumamente estraña, y á la cual en vano los impresionables y los despreocupados, los ignorantes y los sabios han querido dar explicacion. Muchas tardes cuando el caserío, ocupado en las labores del campo, enciende su pipa vieja y lanza una mirada al angosto horizonte de aquel pintoresco valle, ve salir del seno de Amboto una forma oscura que al atravesar rápidamente la atmósfera deja en pos de sí grandes ráfagas de chispas y de luz. El hecho no tiene nada de supersticioso; es real y evidente; todos los vecinos del valle, grandes y pequeños, lo han visto alguna vez, y cien otras lo hemos oido contar á todos los que allí viven.

¿Y qué es aquello?

Nadie ha podido responder hasta ahora de un modo satisfactorio, ni mucho menos científico, porque nadie que no sea el labrador aramayonés ha presenciado semejante fenómeno. Los meteoros luminosos, eléctricos; la electricidad animal, las inflamaciones espontáneas de ciertas combinaciones químicas, todo ha sido explotado por los que han oido contar el suceso; pero hasta hoy nada se ha dicho que resuelva satisfactoriamente la cuestion, despues de haberla visto.

Ahora bien; la fantasia de los naturales y de los estraños ha forjado mil y mil historias á cual mas estrambóticas é interesantes para explicar la misteriosa emanacion de Amboto. En ella nada hay de cierto sino un nombre, doña Urraca.

¿Cómo ó por dónde ha venido al valle escondida semejante palabra, que nada tiene de vascongada? ¿Desde cuándo está unido al nombre de la peña el de esta dama?

Hé aquí una interrogacion que no tiene respuesta.

¿Hay algo en la historia patria, que relacionado con ese mismo nombre, deje mucho que desear? Sí por cierto.

Aquella reina famosa de Castilla, tres veces casada, tres veces desgraciada, que tanto dió que contar á principios del siglo XII, no se sabe si acabó sus dias dentro de los muros de Saldaña ó en su palacio de Leon, ó... ¡no se sabe dónde! despues que, en pos de las cosas del conde Candespina, empezó á vivir la casa de los Furtados.

Si algun misterioso enlace, al que no alcanzan á dar luz las crónicas antiguas, hubiera entre semejantes cosas, nada de aventurado ni de estraño tuviera el que en las tierras de Álava, refugio de tantos reyes, hallara el suyo la reina de Castilla, y acabara aquí, en medio de la paz de estas montañas, sus últimos dias.

La Urraca de Aramayona, ¿es un recuerdo que los pasados siglos han dejado de la reina doña Urraca? ¿Es el antro de Amboto la celda espiatoria de aquella singularísima mujer?

Valga por lo que valga la imaginación del poeta; láncese si se quiere una gran verdad en medio de las páginas de una sentida leyenda; lo cierto es que un nuevo libro, destinado á figurar bizarramente en la bibliografía vascongada, ha venido á dar cuerpo y vida á esa cuestión.

No hace aun muchos meses que los entusiastas de la literatura alavesa oían leer una obra inédita basada en tan importantísimo asunto.

Titúlase *La dama de Amboto*, y es producto de la cariñosa y poética facundia del conocido literato alavés D. Sotero Manteli.

Los recuerdos de lo pasado tienen siempre, al ser referidos, un vago, un vivo tinte de encantadora atracción que, identificándose con nuestro espíritu, avivan en él así como una especie de fruición llena de misteriosa melancolía. Para escribir la leyenda no basta ser cronista; es preciso además saber revestir los hechos con su color propio y hallar entre ellos el incógnito secreto de su enlace. La contemplación de las cosas pasadas suele hacer á menudo filósofos, y algunas veces hasta poetas. Cuando sucede esto último, la leyenda tradicional se restaura, y al consignarse en un número mas ó menos considerable de capítulos, desenrédase en ellos, al mismo tiempo que la narración histórica, la exhuberante gala de la fantasía poética. Jamás el pueblo en sus sentidas narraciones cuenta los hechos enteramente desarmados; jamás deja de revestirlos con interesantes detalles que forman la armonía de la narración.

El poeta ó el narrador de las leyendas populares no puede apartarse tampoco de semejante costumbre.

Por eso, para saber tañer la encantadora cítara de la poesía legendaria, es preciso tener el doble fuego de la erudición y el de la poesía; es preciso enamorarse de aquello que se sabe y cantarlo despues: Walter-Scott seduce; sus inapreciables narraciones no satisfacen tanto á la cabeza como al corazón; el detalle histórico es solo el punto central en cuyo torno se despliega la rica ornamentación de los detalles; la tradición es solamente en sus libros el tallo erguido, al que cubren y velan con sus galas las pomposas y admirables manifestaciones del sentimiento.

En la historia de la reina Urraca hay un inmenso horizonte de tradiciones: lo mismo bajo el nebuloso cielo de Asturias y de Leon, que en el espléndido campo aragonés, el nombre de aquella señora está unido á inolvidables recuerdos, á los que dan un motivo mas grande aun de misterio y de estrañeza, las dudas y las fábulas que corren en los libros acerca de los últimos años de su vida. Las tradiciones aragonesas son sobradamente supersticiosas é incoherentes.

Sin embargo, hay algo en la historia, hay mucho en la tradición, hay mucho tambien en el nombre de Amboto y en las memorias del valle. Pues bien, la tradición ha sido restaurada, y al serlo, se ha adornado de poesía y de movimiento. El valle va á tener un libro en

cuyos capítulos pululan los recuerdos de Alvena, de Turriondo y de Zalgogaray.

¿Qué ha impulsado al Sr. Manteli á tomar en cuenta esta tradición y fundar en ella su nuevo libro? Nos es muy placentero el confesarlo. El literato alavés, mecido desde sus primeros años en esa decisión, en ese entusiasmo cariñoso de los recuerdos, solo sabe consagrar los momentos mas escogidos de su vida, no á la monotonía del mundo vulgar, sino á la excepcional y seductora tarea de la contemplación. Mil veces hemos recorrido con él los rincones de Alava, las ruinas y los pueblos, y otras tantas hemos gozado de esa juvenil fruición contemplativa hácia lo pasado, de esa manía investigadora, creciente cada día, que cree entrever en cada nombre y en cada piedra un mundo de recuerdos.

Manteli ha querido dedicar á la leyenda aramayonesa un conjunto de trabajos literarios en los que están reasumidas numerosas investigaciones sobre la historia y las costumbres. Ha hecho con su libro un romance mas acerca de nuestros tiempos caballerescos. Con el rigorismo clásico de un lenguaje tan florido como cuidadoso, ha escrito un cuadro digno de mucho aprecio literario. Hablar de la edad media y mecerse en un océano inmenso de sucesos extraordinarios, para los que se necesita la entonación épica mas conforme con el actual gusto de los lectores, es un problema que se ha resuelto en esta obra de un modo brillante.

La leyenda es caprichosa; su enredo juguetea de la misma manera que vibran acordes en casual armonía las cuerdas de la cítara pulsadas por el atrevido trovador.

Abre sus primeros capítulos un recuerdo tradicional de la Rioja, de ese país querido que el Ebro, con sus arruinados puentes y con sus históricas orillas, llena de vida y de amor; de esa venturosa comarca salpicada de leyendas interesantes, y entre cuyos enmarañados pueblos alientan y viven tantos y tan inolvidables nombres queridos. Cripán, triste, acostado al pié de la sierra, tiene encerrados en el libro caracteres y retratos tan bien diseñados como los de Enego y Oudea; y cuando en el desarrollo dramático vuela la imaginación de uno á otro estribo del Pirineo, salvando el llano de Alava, una misma irradiación poética une los recuerdos de las soledades de Toloño con las de Amboto. En el valle en cuyo fondo se asienta Ibarra, resuena la voz de los guerreros, se escucha el seductor eco del peregrino que cuenta sus aventuras, y se oye el confuso rumor de los soldados que celebran bajo las bóvedas de los castillos sus báquicos festines. No falta el amor; y ¿cómo habia de faltar en una leyenda? Aquellos cultos senos de las bajadas de Gureya y Arriola presencian los apasionados trasportes de los dos héroes cariñosos del libro, y hasta hechiceras y brujas hay en él; y ¿por qué no? si Aramayona y su historia son en esta materia dignos rivales de Zugarramurdi?

Nada he de hablar de las formas literarias. El autor sabe escribir de esa manera cuidadosa y tranquila que es propia de los libros bien acabados; y no solamente hay en sus producciones cierto rigorismo clásico, sino que se admira el agradable juego del contraste que

forman en este género de trabajos la severidad del enredo histórico con el libre desenvolvimiento de las ideas poéticas.

Manteli ha escrito su libro cuando su buen talento le impulsaba á ello, sin contar con las horas, sin soñar en el apresuramiento; abandonándolo á veces, cogiéndolo con cariño despues é interpellando los capítulos de la leyenda con cien distintos conceptos emanados en medio del estudio de su fecunda imaginación. Entre los amantes de la buena literatura, la obra ha causado una agradabilísima impresión; siendo muy numerosos los nombres de distinguidas personas que en las Provincias Vascongadas, en Madrid y en el resto de la Península se han inscrito como suscritores á ella, dando así una relevante prueba de deferencia hácia su autor y hácia el *Centro literario vascongado*.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

MADRID.

Por una extraña coincidencia, al hojear los periódicos de estos últimos días para recordar las noticias mas importantes, se reunen delante de mí las reseñas de dos acontecimientos recientes.

La primera es la del baile de niños que dieron el Regente y su esposa en Palacio, el sábado que precedió al domingo de Carnaval; la segunda es la de la sesión de la Cámara, en que se discutió la proposición de ley presentada por los diputados vasco-navarros, para que el Congreso español declarase que habia visto con sentimiento el proceder empleado con el obispo de Osma.

¡Contraste de la vida!
En un palacio espléndidamente adornado, una porción de niños graciosa y lujosamente ataviados; armonías dulcísimas llenando el espacio, cintas y flores, brillantes y perlas, y los padres de la patria convertidos en padres de sus hijos, admirando su donosura, encantados de su gracia, y acaso, acaso, dando gracias á Dios por permitirles el venturoso espectáculo de ver á sus vástagos buenos y guapos, bailando un rigodon ó una polka, y diciendo esos chistes, esas gracias que embelesan á los padres.

En otro palacio, el de la Representación nacional, esos mismos hombres, que al llegar á su casa despues del baile infantil, se comieron á besos á sus hijos, ó en sus conversaciones íntimas aseguraron á sus esposas que sus retoños eran los que con mas desenvoltura habian bailado, los que con mas donaire habian llevado el traje; bajo la influencia de la política oyen decir:

—A un prelado respetable le han sacado de su silla, le han conducido entre numerosos guardias civiles á Madrid, le han colocado al llegar en un misero carruaje de alquiler, le han llevado á una prisión, le han incomunicado, y una nación católica no puede presentar semejante espectáculo.

Al oír estas palabras, repito, esos padres cariñosos ayer, esos hombres que en los momentos dolorosos de la vida alzarán los ojos al cielo, dominados por la pasión, y como energúmenos, gritaban al oír las esplicaciones del ministro, al oír que se habia guardado al obispo de Osma la consideración de no llevarle entre guardias civiles por la calle, gritaban desahogados:

—¡Mal hecho! ¡mal hecho!
—Debió ir al Saladero.

¡Contrastes de la vida, repito! ¡Ah! ¡qué valiente es el hombre cuando en el paroxismo de la desesperación provoca al cielo y desafía las iras de Dios! ¡Qué valiente es el que apoyado por la fuerza saborea el poder, y desde la altura en que está, truena contra los débiles!

Yo no entraré en el fondo de la cuestión: créo, sin embargo, que el carácter sacerdotal y los años del prelado han debido inspirar á la Cámara alguna consideración.

Supongamos que haya sido justo el acto violento de arrancar al obispo de su silla y traerle á Madrid con todo el lujo de fuerza posible. ¿No hubiera sido mas levantada, mas generosa la actitud de la Cámara deplorando el suceso, lamentándose de la desdicha del prelado, y sacrificando su pena al respeto de la inflexible ley?

¿Cómo esos hombres que han ultrajado á un ministro de Dios pidiendo para él la vergüenza de andar por las calles como un reo, y el Sacerdote antes de que el tribunal haya fallado, se presentarán ante su familia? ¿Cómo enseñarán á sus hijos respeto á la religion y á sus ministros, si ellos se complacen en considerar este respeto como una cosa inútil? ¿Cómo querrán que aquellos inocentes pequeñuelos que bailaban en Palacio y lucian sus encantos aprendan á ser generosos, si andando el tiempo podrán leer en los periódicos que sus padres pedían contra un anciano, contra un sacerdote, lo que no se pide contra los mas criminales, porque el crimen mismo que castiga la ley inexorable, debe excitar y excita compasión hasta del mismo ejecutor de la justicia?

Y creereis por eso que los que han gritado son malos: no lo creais, yo no puedo creerlo. La católica España que los ha elegido los rechazaria si lo creyera. Esos hombres aman á sus esposas y á sus hijos, socorren á los desvalidos, desean el bien, quisieran ellos la gloria de hacerlo; pero tienen una enfermedad, la pasión política precedida de la impaciencia; han querido llegar y han llegado al poder antes de que se hayan amortiguado las pasiones en su alma, quieren y no pueden, comprenden que es imposible gobernar sin energía, y despues de haber echado los cimientos para la libertad, conocen que no son bastante sólidos para el fuerte que necesitan á fin de defenderse de sus adversarios, olvidando que no es fuerza la que no nace de la justicia, de la moral, tienen de cuando en cuando arranques de severidad, y al ponerse en frente de un prelado, al castigar á un pobre empleado porque piensa de distinta manera que los revolucionarios, hacen lo mismo que el amo de casa irritado, que para demostrar á su familia que es hombre de pelo en pecho, rompe un espejo ó echa á rodar una vajilla.

Pasado el primer ímpetu, se convence de que su mal humor le ha costado el dinero.

Yo no soy neo, si neo significa como parece, explotador de la religion; pero soy católico, y hago á los representantes del país la justicia de creerlos, en su mayor parte hoy—en su totalidad dentro de algunos años—católicos siquiera como lo fueron Maldonado y Padilla, Bravo y Lanuza; pues bien, que pongan la mano en el corazón y digan si los aplausos de la otra tarde no les han quitado un poco el sueño.

Pero ¿qué digo católico? Basta no ser ateo, basta haber recibido del cielo ó de la naturaleza, como algunos dicen, hijos tan hermosos como aquellos que bailaban en el Palacio de la Regencia, como aquellos que mañana serán hombres y servirán de apoyo y de consuelo á sus ancianos padres; pero qué mas, por último, basta ser español para sentir deseo de dar la mano al desvalido, para no pedir vejaciones contra un anciano, para respetar á un ministro de Dios, siquiera hasta que la ley no desate los vínculos que le unen á la religion.

Hablemos de otra cosa.

El Carnaval ha pasado sin gran animación; la lluvia ha contribuido á ello. Sin embargo, se ha puesto en ridículo la secular institución de la monarquía, y el miércoles de ceniza ha ofendido una mascarada los sentimientos religiosos de Madrid, parodiando un entierro.

Los niños juegan con el fuego; la barbárie juega con la muerte.

En efecto, unos cuantos pobres jóvenes disfrazados con sobrepellices y bonetes de papel, llevaban á enterrar una sardina. Delante, los

que hacían de monaguillos, llevaban por ciriales escobas, y un puchero por incensario.

Amen de esto cantaban el *gori gori*.

Así se entiende la libertad de cultos, así se juega con lo mas sagrado; ¡qué espectáculo tan edificante para el pueblo!

Por este camino se va á las Saturnales, y cuando un pueblo cae en la abyección, no faltan nunca ni un César, ni un látigo.

Por fortuna, estos ejemplos son excepciones en España: debo decir en honor de la verdad, que cuantos contemplaban aquel repugnante espectáculo, volvían los ojos con asco y pesadumbre.

Otra cosa sucede que debía ser justiciable de oficio.

Todos los días se venden periódicos por las calles, y sus expendedores estafan al público.

Uno de estos días gritaban desde el amanecer:

—*El Boletín de la Guerra*, con la muerte del Papa!

Todo el mundo compraba el papel y se veía engañado.

El infeliz que roba un poco de leña ó un pan, va á presidio: los que estafan dos cuartos á cada curioso, siguen paseándose por las calles.

—Demande usted al vendedor, decían á uno que se quejaba.

—No, porque á los dos cuartos tendria que unir las costas del proceso.

Y aquí pongo fin á mi revista, deseando que todos estos abusos desaparezcan, para que la tranquilidad renazca en los espíritus.

JULIO NOMBELA.

NOTICIAS.

La comision nombrada para informar acerca de la construcción de una cárcel en Bilbao, ha propuesto que se entablen negociaciones con la diputación, á fin de obtener su concurso y proceder al señalamiento de la parte alícuota que á cada uno de los pueblos de aquel partido judicial corresponda, abriendo concurso respecto de los planos, para los cuales se establecerá un premio. El ayuntamiento ha aprobado la proposición, resolviendo se trasmita á la corporación foral este acuerdo por medio de los regidores firmantes de la proposición.

Nos escriben de Vitoria que el Carnaval ha estado desanimado. Con todo ha pasado pacíficamente, sin que hayan tenido que presenciar los vitorianos escenas indignas de pueblos civilizados. Entre los muchos bailes que en tales días se han celebrado, los que mas han llamado la atención han sido los dos dados en el coliseo de aquella población el domingo y martes, los cuales estuvieron animadísimos, reinando mucha confianza, al mismo tiempo que la formalidad mas completa.

Se ha fundado en Vitoria una sociedad con el título de *Juventud católica*, cuyo objeto es defender la religion católica, apostólica, romana». El miércoles de la semana pasada se celebró la inauguración, pronunciando el vicepresidente Sr. Vinuesa (en ausencia del presidente Sr. Valbuena) un discurso de buenas formas y bastante razonable en el fondo. Presidían el acto el Sr. Rector del seminario y el Sr. Ortiz de Zárate; este último pronunció algunas palabras encomiando el discurso del Sr. Vinuesa. A continuación leyéronse varias composiciones poéticas, resaltando entre todas

y ellas la del señor Arturo (D. Julian), sencilla filosófica en alto grado. Este aventajado joven, será, á no dudarlo, una de las glorias alavesas en no muy lejanos días.

En el coliseo de Vitoria se preparan funciones sacras. Se estrenarán elegantes decoraciones; creemos que el público vitoriano corresponderá á los sacrificios de la empresa.

Empezarán, segun tenemos entendido, con *Los siete dolores de María*, y otras tan notables como esta.

Favorecidos con notables artículos, sobre los cuales llamamos la atención de nuestros lectores, retiramos para no privarles de tan interesante lectura, la novela y los *Recuerdos de un vasco-navarro*, que continuarán en los números sucesivos.

En el próximo insertaremos un artículo importantísimo del Sr. Ortiz de Zárate, que acabamos de recibir.

Con el título de *Mis amores*, acaba de publicar un escritor vizcaíno en Madrid un aménisimo libro.

La grave enfermedad que está sufriendo el distinguido compositor navarro D. Joaquín Gaztambide, tiene alarmados á su familia y á sus amigos.

El ilustrado escritor alavés D. Ricardo Becerro de Bengoa, se encuentra en Valladolid haciendo oposición á una de las cátedras de química y física, vacantes en Vitoria y Palencia.

ADVERTENCIA.

En la seguridad de que los nuevos suscritores desearán tener la colección completa, conservamos ejemplares de los números que han salido hasta ahora.

EL PAÍS VASCO-NAVARRO.

Precios de suscripción.

En España. 3 meses 12 reales.
En Cuba y Puerto Rico. . . 6 meses 3 pesos.
América del Sur y Filipinas. 6 meses 4 pesos.
Extranjero. 6 meses 10 franc.
Número suelto en España. 2 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID: calle de Preciados, núm. 40, cuarto 3.º—BILBAO: librería de D. Juan E. Delmas.—PAMPLONA: secretaría del Colegio de internos.—VITORIA: admite las suscripciones D. Nicolás Becerro en el establecimiento tipográfico de D. José Iturbe, calle de San Francisco, núm. 23.—SAN SEBASTIAN: librería de D. Manuel Aramburu.—La administración central de Madrid admite suscripciones de todas partes, siempre que al aviso acompañe el importe en letra de fácil cobro ó sellos.

MADRID, 1870.

Tipografía de José García, calle de la Cabeza, 36.

